

## ***¿Hay vida después del neoliberalismo?***

***Atilio A. Borón***

***CLACSO/Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales***

### ***1. La encrucijada civilizatoria***

Es cada día mayor el número de personas, desde intelectuales como Noam Chomsky hasta estadistas como Fidel Castro, e instituciones, como las Naciones Unidas y toda una pléyade de asociaciones voluntarias, que manifiestan su preocupación por el futuro de la humanidad en el planeta Tierra. Lo que hasta hace apenas una generación hubiera sonado como una suerte de neomalthusianismo trasnochado hoy resuena como la sensata advertencia lanzada por individuos e instituciones que vislumbran un futuro catastrófico para nuestra especie a menos que se abandone el rumbo por el cual hemos venido transitando desde hace ya unas tres décadas.

En efecto, las esperanzas depositadas en las promesas de la globalización y en la paz y la seguridad que se instalarían en el mundo una vez desaparecida la así llamada amenaza soviética fueron hechas añicos. Nunca el mundo ha sido más inseguro que hoy, cuando se combinan la prepotencia del unilateralismo norteamericano con la proliferación de armas nucleares en manos de diversos actores privados —desde mafias hasta organizaciones políticas fundamentalistas de diverso tipo, pasando por toda una vasta gama de formaciones intermedias— lo que eleva el riesgo de un holocausto nuclear, por causas fortuitas o premeditadas, a límites que jamás habían sido alcanzados anteriormente.

Pero no es esa la única amenaza que se yergue sobre la humanidad. Siendo importante está lejos de ser la única, puesto que hay un holocausto social ya en marcha, silencioso pero letal, que según cálculos estimativos de comienzos de esta década cobraba algo así como 100 000 vidas humanas por día a causa del hambre y las enfermedades curables. En realidad, un sacrificio producido por la intensificación sin precedentes de las características predatorias de un modo de producción, el capitalista, que al concebir a los hombres y mujeres, y a la naturaleza, como meras mercancías, como valores de uso que al mercantilizarse se convierten en fuentes de inagotables ganancias, pone en peligro la sobrevivencia misma de la especie en nuestro planeta. Una España, una Colombia, una Argentina desaparecen por año de la faz de la tierra como consecuencia de la imposición omnímoda del capitalismo en el mundo. Con la implosión de la Unión Soviética y la desintegración del campo socialista, la sola presencia de China, Cuba y Vietnam no logra construir un contrapeso efectivo a las tendencias predatorias, homicidas y ecocidas del capitalismo. Y sin aquel recurso éste da rienda a su voracidad sin límites, frente al cual no hay barreras ni límites que valgan.

Al promediar el siglo pasado un destacado historiador, Kart Polanyi, escribió un libro clásico, ***La Gran Transformación***, en el cual replanteaba desde una óptica ligeramente diferente la visión pesimista mantenida por Marx acerca de los resultados que ocasionaría el auge sin contrapesos de un tipo de organización económica que retenía como sus rehenes a la sociedad y a la naturaleza. Polanyi decía, al examinar la evidencia histórica británica y en parte europea, que desde los albores del capitalismo las diversas sociedades hicieron todo lo posible para evitar el despotismo de los mercados, sabedoras de que en tal caso las condiciones de su propia viabilidad como especie estarían severamente amenazadas. La idea de un mercado libre les resultaba

absurda y temeraria, y era por eso que ideaban toda suerte de dispositivos para impedir que su lógica egoísta y destructora prevaleciera en la vida social.

Estos controles sobrevivieron durante largo tiempo, pero a partir de la segunda mitad del siglo diecinueve hubo un sostenido proceso de debilitamiento que culminó, a finales de siglo, con el fugaz triunfo del liberalismo económico —en realidad mejor llamado “liberalismo” en la medida en que amalgamaba las libertades económicas con modelos políticos fuertemente autoritarios y para nada liberales en el sentido filosófico-político del término. Sus manifestaciones fueron la *belle époque* y el optimismo ilimitado en las virtudes del capitalismo, sostenido en la absurda creencia de que el patrón oro, la hegemonía financiera de la City londinense, la división internacional del trabajo y el reparto del mundo entre las grandes potencias eran tan inmovibles como los montes del Himalaya. Esos sueños se convirtieron abruptamente en una horrorosa pesadilla en Sarajevo y se desvanecieron por completo con la carnicería de las dos guerras mundiales, la Gran Depresión, la revolución rusa y el auge de los fascismos. Esta nueva guerra de los treinta años, como oportunamente caracterizara este período Immanuel Wallerstein, finalizó con la mayor atrocidad jamás conocida, hasta ahora, en la historia de la humanidad: las dos bombas atómicas arrojadas sobre dos ciudades indefensas, Hiroshima y Nagasaki, todo un símbolo de la barbarie que se instalaría pocas décadas más tarde, ya hacia finales del siglo veinte.

La restauración capitalista de la posguerra fracasó en su intento de retrotraer el reloj hacia comienzos del siglo. La sola existencia de la URSS y el campo socialista era un factor decisivo en la correlación mundial de fuerzas que impedía que el capitalismo diese rienda suelta a sus inclinaciones más profundas, eso que un economista como Joseph Schumpeter sublimó bajo el nombre de “destrucción creadora”. El fin del monopolio nuclear norteamericano, el auge de los partidos comunistas en algunos países de Europa Occidental, la formidable recuperación de la economía soviética, el triunfo de la revolución socialista en China, la heroica lucha de los vietnamitas resistiendo al colonialismo francés, la ocupación japonesa y luego la intervención estadounidense, el triunfo de la revolución cubana y el auge de los procesos de descolonización en África y Asia definieron un escenario en el cual el capitalismo tuvo que aceptar a regañadientes moderar sus impulsos, firmar una suerte de armisticio o tregua con sus tradicionales antagonistas y consentir el lanzamiento de una serie de reformas, inadmisibles e impensables hasta hacía poco tiempo, que cristalizaron en una verdadera “edad de oro” del capitalismo, el período que se extiende entre 1948 y 1973. Nunca antes este modo de producción había crecido tan rápido, en tanto países y por tanto tiempo. Nunca antes había admitido una democratización relativa de sus estructuras como las que tuvieron lugar en esos años, dando lugar a lo que hoy se denomina el “Estado Keynesiano de Bienestar”. Fue en esos años que el capitalismo dio origen, al decir de Ellen Maiksins Word, a lo mejor que podía ofrecer. Pero no porque ello fuese un “resultado natural” de su lógica de funcionamiento y de sus estructuras sino porque la presencia de poderosos movimientos sindicales, grandes partidos de masas de izquierda y una correlación mundial de fuerzas que le era desfavorable hizo posible que las contradicciones que se agitaban en su seno se resolvieran por el lado positivo. El resultado: grandes reformas económicas, nacionalizaciones, regulación de los mercados, derechos laborales y ciudadanos universales, redistribución de ingresos, expansión de los sistemas educativos, mejoramiento en los programas asistenciales y de salud, florecimiento de las libertades públicas y tantas cosas más. (Meiksins Word, 1995)

Pero, como lo recuerda esta autora, eso se acabó hace bastante tiempo y ya nunca más el capitalismo volverá a ofrecer un espectáculo como el que viéramos en los años de la posguerra. Esos fueron sus logros pero también sus límites, infranqueables aún en las condiciones prevalecientes en esos años. Esperar que hoy el capitalismo reproduzca, para no decir supere, aquellos resultados no es utópico sino quimérico, una diferencia que conviene tener muy en cuenta. Lo último indica lo que no puede existir: un círculo cuadrado; lo primero se refiere a lo que todavía no existe, pero que bien podría hacerlo: una sociedad de hombres y mujeres libres. Pensar hoy en un capitalismo democrático, con mercados controlados, con amplios derechos ciudadanos, que “profundice” los logros de los años de la posguerra es simplemente quimérico. Es tan realista como suponer que podemos volver a los tiempos de los gremios y las corporaciones medievales, o a la producción comunal de las aldeas campesinas. El capitalismo demostró ser incorregible y, por eso mismo, irreformable. Los avances sociales, económicos y políticos no fueron producto del espíritu capitalista sino, precisamente, de la fortaleza de las fuerzas sociales adversarias que pudieron aprovechar un momento de reflujo y debilidad de los poderes constituidos para obtener significativas, aunque principalmente transitorias, concesiones.

En este cuadro, ante la crisis de las fuerzas sociales y políticas que se le oponían y ante la desaparición de su contrapeso en el sistema internacional, la Unión Soviética, el capitalismo se despojó de todas sus molestas mediaciones civilizatorias y ciudadanas y se replegó sobre su núcleo duro, su instinto primigenio: la maximización del lucro a cualquier precio, aunque en su persecución se destruyan sociedades y medio ambiente. El neoliberalismo es la expresión ideológica de esta etapa, personajes como Bush, Berlusconi y Aznar; o Menem, Moscoso, Flores y Fujimori son la clase de políticos que necesita para llover este proyecto a término; y regímenes “democráticos” al estilo norteamericano —en realidad, sistemas políticos secuestrados por los grandes capitales y manipulados a voluntad por la industria de la publicidad— el tipo de “democracias” que requiere esta nueva fase, ¿suicida, terminal?, del capitalismo actual. (Chomsky, 2004: 29-33, 2005: 24-25) Es en este marco que se nos repite, insistentemente, que “no hay alternativas” y que la resignación es la única actitud racional ante un mundo que marcha aceleradamente hacia su propia destrucción. Se nos convoca, por lo tanto, a la pasividad y al fatalismo frente a un proyecto que conduce inexorablemente a un callejón sin salida para la humanidad. Para colmo de males, como bien lo recuerda reiteradamente Franz Kinkelammert, esta conducta es alabada como “racional” por lo exegetas del imperio.

## ***2. Resignación y chantaje: ¿cuál es el modelo de recambio?, ¿si no hay alternativas!***

La pregunta que nos espetan, con una mezcla de desdén y arrogancia, los beneficiarios del actual estado de cosas es siempre la misma; bien, pero ¿cuál es el modelo de recambio, cuál es vuestra propuesta? Implícita en la pregunta, siempre planteada en tono desafiante y altanero, está la certidumbre de que no hay alternativas. Que la formulación que hiciera célebre Margaret Thatcher cuando dijera “***TINA, there is no alternative***” sigue siendo ahora tan inapelable como entonces y que lo que resta es una diligente adaptación al estado de cosas existente. Sorprende constatar que teóricos que construyeron su reputación mundial oponiéndose —en nombre de la libertad y de la autonomía de los sujetos sociales— al supuesto “determinismo” del pensamiento marxista ahora predicán con insólito fervor la inexistencia de alternativas, sin que noten incoherencia alguna en su pensamiento. En lugar de posmodernos o de “renegados”, como solía decirse, se los podría calificar, siguiendo a Russell Jacoby, de

"post-coherentes". (Jacoby, 1999: 140-141) Se impone, nos dicen, actuar con "realismo", y archivar las utopías del pasado. Debemos "olvidar" todo lo que hemos dicho y escrito o escuchado y leído. Los gobernantes latinoamericanos hicieron suyo el slogan publicitario de Margaret Thatcher, y no cesaron de asegurar con fingido realismo y apelando a una "sensatez" incapaz de disimular que el rey está desnudo, que lo que se está haciendo es lo único que se puede hacer. Para esto cuentan con la asesoría de un ejército de ideólogos y publicistas del capital transnacional, en no pocos casos reciclados "izquierdistas" que, con el paso del tiempo, encontraron nuevas avenidas para encauzar más provechosamente su incurable devoción por los dogmas y, de paso, abultar considerablemente sus cuentas bancarias.

Según el "pensamiento único" la globalización impuso un modelo de gestión inexorable que, presuntamente, es el que prevalece en los capitalismos desarrollados. O nos adecuamos a sus mandatos y "entramos al Primer Mundo", como decía el Presidente Menem antes de precipitar a la Argentina a la peor crisis de su historia, o nos condenamos a la auto exclusión, la decadencia y finalmente, a un desenlace apocalíptico. No hay escapatoria ante los tentáculos de la globalización: o se acepta la realidad tal cual es, como producto de fuerzas incontrolables, o se paga un precio carísimo al ignorar sus exigencias. No hay otra opción que escoger entre Bill Gates y Abimael Guzmán o entre Vicente Fox y Enver Hoxha. En realidad la alternativa no es entre la paz y el progreso —que supuestamente ofrecería el actual "orden" mundial por contraposición al caos y la anarquía que produciría cualquier tentativa de cambiarlo— sino entre la aberrante inhumanidad del mundo actual y la promesa, en consonancia con las tesis marxistas, de comenzar a escribir, por primera vez, la verdadera historia de la humanidad, dejando atrás una milenaria prehistoria de opresión y explotación.

Los gobiernos tienen las manos atadas y si son sensatos y responsables lo único que deben hacer es acompañar este proceso de la mejor manera posible, "adaptándose" a las nuevas realidades y tratando de sacar partido de las oportunidades que la globalización ofrece a los más audaces y desprejuiciados en ciertos "nichos" específicos del comercio internacional, confiando además que la población hará caso omiso de las lúgubres connotaciones de aquel término. En suma: la política económica nacional fue sustituida por las cotizaciones de la bolsa de New York, Tokio y Londres. Lo que queda es el camino de una serena y constructiva resignación. Parafraseando un viejo adagio de la política, en la visión del neoliberalismo "los estados reinan y los mercados gobiernan". Fue por eso que George Soros recomendaba a los brasileños no excitarse demasiado ante las perspectivas de la elección de Lula porque, decía, a la larga "gobernarían los mercados". Lamentablemente los hechos parecen haberle dado la razón, pero no había nada de fatal e inexorable en tan lamentable desenlace.

La pregunta con la cual abrimos esta sección no es para nada inocente pues contiene varias trampas. Una, la de postular que la historia se mueve en función de un plan previamente elaborado. Así, el capitalismo se habría desarrollado porque algún todavía ignoto teórico del Renacimiento europeo habría diseñado las líneas generales de su desarrollo y diligentes actores sociales se encargaron de llevar ese libreto a la práctica. Es una especie de **Vulgata** hegeliana en donde todo el devenir histórico está contenido en una Idea que se encarna en un sujeto predestinado a ser el portador de la historia, tal como Hegel viera a Napoleón desfilando sobre su caballo blanco. Por lo tanto, si no hay plan, o boceto, no hay historia. No hace falta perder demasiado tiempo para refutar este absurdo. Ni el capitalismo se desarrolló de esa manera, ni el socialismo, que representa en la historia la introducción de una alternativa racional y consciente, lo hizo de igual modo. Las revoluciones socialistas no las hicieron las masas

que previamente habían leído y meditado profundamente las tesis expuestas en los tres tomos de ***El Capital***. Que algunos de sus protagonistas sí lo habían leído no está en cuestión. Pero la dinámica de masas que produjo el advenimiento del socialismo en Rusia, en China, Vietnam y Cuba nada tuvo que ver con la aplicación de un plan, de una idea hegeliana que de súbito se hizo carne en los pueblos. No fue otra la razón por la que el joven Gramsci escribiera, en 1917 y en medio de los fragores de la revolución rusa, su famoso artículo “La revolución contra El Capital”, tomando distancia de la escolástica que postulaba que la revolución no era más que la puesta en estado práctico de lo que una buena teoría planteaba en unos libros. La historia real es mucho más compleja que eso.

En segundo lugar, el reformismo keynesiano, que permitió la salida de la Gran Depresión en el período entreguerras y, fundamentalmente, hizo posible la reconstrucción capitalista en la posguerra, no fue producto de la cuidadosa lectura que los líderes europeos y Franklin D. Roosevelt en los Estados Unidos hicieron del clásico texto de Keynes: ***Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero***. Entre otras razones, porque ese libro recién se publicaría en 1936, mientras que los gobiernos de los distintos países, no sólo en el mundo capitalista desarrollado sino también en América Latina, comenzaron a implementar políticas que luego se llamarían keynesianas antes de que el profesor de Cambridge diera a conocer su famoso texto. Con esto no queremos decir que Keynes se limitó a codificar las políticas que su atenta mirada observaba en diferentes países. Pero, sin duda, en su brillante elaboración teórica los procesos reales que se estaban desarrollando ante su vista jugaron un papel insoslayable. Después, en realidad, mucho después, las ideas de Keynes terminaron dando nacimiento a una suerte de consenso keynesiano que, en las postrimerías de hegemonía teórica, hicieron decir a Richard Nixon que “hoy todos somos keynesianos”.

Por último hay que aclarar que lo que suelen denominarse “modelos” son en realidad simplificaciones académicas de realidades muy complejas. ¿O es que se puede hablar de un “modelo” capitalista en la posguerra? ¿Fue lo mismo la experiencia norteamericana basada en una mínima intervención estatal y en el mayor grado de desigualdad de ingresos del mundo desarrollado, que lo ocurrido en el ámbito de las socialdemocracias escandinavas, en Europa continental, o en la península ibérica bajo los regímenes de Franco y Salazar? ¿Cuál era el “modelo”, para ni hablar de lo que estaba ocurriendo en Japón o en Corea del Sur? Y en el período de la globalización neoliberal, ¿es posible hablar de “un modelo” válido para todos los países? Nuevamente: ¿es lo mismo los Estados Unidos, de Reagan en adelante, que los famosos capitalismo “renanos” basados en fuertes sindicatos y amplias, si bien cambiantes, modalidades de intervención estatal en la economía? Y entre las economías alternativas, ¿es lo mismo Cuba que China, o que Vietnam? Por lo tanto, cualquier pretensión de que antes de cambiar este mundo tengamos que definir exactamente cuál es modelo de lo que vamos a hacer debe ser rechazada tajantemente, como se hace con cualquier tentativa extorsiva. Se podría responder a tan insolentes preguntas, para decirlo con las palabras de nuestra querida Violeta Parra en ***Mazúrkica Modérnica***, con una paráfrasis de Antonio Machado: “caminante no hay modelo, se hace modelo al andar”.

### ***3. Hacer lo obvio***

Porque vistas las cosas en perspectiva, la salida del neoliberalismo se reduce ni más ni menos que a hacer lo obvio. ¿Qué es lo obvio? Primero que nada, abandonar

definitivamente las políticas inspiradas en el Consenso de Washington. Su fracaso es evidente en todas partes. No sólo en América Latina sino también en Europa, los Estados Unidos y el Sudeste asiático. Allí donde impuso fracasó en promover el crecimiento económico. Y si su capacidad de generar un patrón de crecimiento auto sostenido fue mínima, las consecuencias sociales de su hegemonía fueron desastrosas en todos los países, sin excepción. Produjo sociedades más desiguales, más inequitativas, con mayores índices de exclusión social y marginalidad. Para los ricos y poderosos fue, y todavía es, una experiencia muy beneficiosa. Pero para la sociedad en su conjunto, y sobre todo para los pobres y explotados, fue, y es, una desgracia. Dio origen a sociedades precariamente integradas y en las cuales la violencia y la criminalidad aumentaron paso a paso con el afianzamiento de las ideas neoliberales, y cuyas tensiones debilitaron, quizás irreparablemente, la legitimidad y la solidez de las instituciones democráticas.

Ante esta exigencia no faltarán las voces de quienes, influidos por el pensamiento único pese a que en sus corazones anhelan poner fin a la pesadilla neoliberal, aseguren que no hay espacio para salirse del mismo; que el predominio de los Estados Unidos, sobre todo en América Latina, torna imposible el abandono de un patrón de políticas macroeconómicas que no sólo tiene la bendición de la Casa Blanca sino el respaldo económico, político, ideológico y propagandístico de una poderosísima alianza de clases dominantes a escala mundial. Esta sensación de impotencia se ve favorecida por la extraordinaria difusión que en el campo de las fuerzas progresistas y de izquierda de la región han tenido ciertas teorizaciones actualmente de moda. Menciones entre ellas dos: en primer lugar, la concepción sobre el imperialismo concebido como un benévolo "imperio" en la alucinada versión de Michael Hard y Antonio Negri y que, entre una formidable acumulación de errores históricos y de apreciación económica y política inculca también la idea de un imperio que es a la vez invencible e inexpugnable, con la consiguiente desmoralización y desmovilización de las fuerzas que se le oponen. (Hard y Negri 2000) En segundo término cabe señalar la obra de John Holloway, quien en su trabajo más reciente exhorta a los militantes anticapitalistas a renunciar por completo a la toma del poder, a partir de un análisis, no menos fantasioso y equivocado que el de Hard y Negri, sobre el presunto fracaso de todas las revoluciones socialistas acaecidas a lo largo del siglo veinte. (Holloway, 2002). En ambos casos tenemos un discurso que a partir de premisas teóricas y políticas fuertemente identificadas con el proyecto de crear una sociedad comunista, finalizan consagrando la futilidad de las luchas contra el capital o la inconveniencia e inmoralidad de proponerse una estrategia de conquista del poder del Estado. El corolario práctico de estos errores es la resignación ante la globalización neoliberal y el reforzamiento de la idea que nada puede cambiarse y que no hay alternativas. Nada podría ser más beneficioso para perpetuar el dominio del capital que la proliferación de este tipo de ideas surgidas de las plumas de representantes de la izquierda.

"Hacer lo obvio" significa, entre otras cosas, tomar nota de la amplia variedad de respuestas políticas suscitadas ante la globalización neoliberal. Si así no fuera, ¿cómo entender que en un mundo asó "globalizado" y unificado los japoneses hayan tenido, hasta antes de su crisis y por un extenso período histórico, una tasa del desempleo del 3 por ciento y los argentinos una que osciló entre el 15 y el 23 por ciento? ¿Por qué Alemania puede tener un mercado laboral muy regulado y ser competitiva mientras se aduce que Brasil, por ejemplo, "no es competitivo" por la supuesta rigidez de su mercado laboral? ¿Por qué los países "reformados" de América Latina saludan el advenimiento de la globalización liquidando sus sistemas estatales de seguridad social, mientras que un país como Singapur, muchísimo más integrado a los flujos del



capitalismo globalizado que cualquiera de nuestra región, ha mantenido hasta la fecha un sistema estatal de seguridad social? ¿Por qué Corea del Sur, el único país que cruzó la frontera que separa el subdesarrollo del desarrollo, lo hizo con agresivas políticas de recomposición del mercado interno, redistribución de ingresos, aumento de los salarios reales y del gasto público, mientras que en América Latina se decía que estas políticas eran incongruentes con las aspiraciones de crecimiento económico? Y, dentro mismo de América Latina, ¿por qué hubo países en los cuales se privatizaron las empresas estatales productoras de petróleo, como en la Argentina, mientras que en otros, como México, Brasil y Venezuela, el torrente neoliberal no alcanzó para asegurar la alienación de este tipo de empresas al capital extranjero? O también, ¿por qué hubo países, principalmente Uruguay, en donde los gobernantes convocaron a múltiples referendos y plebiscitos para decidir la suerte de las empresas públicas, mientras que en la mayoría de los demás las decisiones de privatizar se tomaron a puertas cerradas, sin transparencia alguna y bajo generalizadas sospechas de corrupción? Respuesta general: porque el impacto de la “globalización” está siempre mediado por las luchas de clases, la correlación de fuerzas sociales, y las políticas públicas que adopten los gobiernos. Corolario: aún dentro de las limitaciones que plantea la globalización neoliberal hay alternativas. Muchas más si se opta por cambiar las repuestas que los gobiernos ofrecen ante los desafíos que plantea la globalización. Muchas más si se piensa que no hay nada fatal e inexorable que nos condene a que ésta sea la única globalización posible. Un mundo globalizado no tiene porqué ser necesariamente un mundo capitalista y neoliberal. ¿O es que es acaso imposible imaginar que, como dice el motto del Foro Social Mundial, “otra globalización es posible”? Hay otras alternativas, no sólo posibles sino urgentes e imprescindibles, como lo prueba sobradamente la magnífica compilación de Francois Houtart y Francois Polet ***L’autre Davos. Mondialisation des résistances et des luttes***. (1999) A continuación ofrecemos una visión panorámica del tipo de iniciativas —concretas, viables, posibles— que deberían informar cualquier propuesta de constituir una alternativa post neoliberal.

#### ***4. Una hoja de ruta***

Llegados a este punto queremos esbozar un breve listado de iniciativas que podrían adoptar los gobiernos de la región si se decidieran abandonar definitivamente el Consenso de Washington y sus conocidas recetas que tantos males han acarreado para nuestros pueblos. Esta enumeración no tiene pretensión alguna de exhaustividad puesto que apenas se propone identificar algunas áreas en las cuales se requieren urgentes medidas para enfrentar la crisis.

- a) ***Reconstrucción del Estado***, de sus agencias y creación de una genuina burocracia estatal profesional. El neoliberalismo se ha impuesto en América Latina destruyendo al Estado. ¿De qué forma? Desmantelando agencias gubernamentales; rematando o malvendiendo empresas públicas, en muchos casos superavitarias; derogando legislaciones y normas de regulación de la actividad económica concebidas para garantizar un mínimo de equidad y protección; mediante el despido masivo de empleados públicos, pagando en ciertos casos la correspondiente indemnización contrayendo deuda externa con el Banco Mundial; desjerarquizando la carrera administrativa; satanizando moral y políticamente al Estado, concebido como una esfera intrínsecamente corrupta y necesariamente ineficiente de la vida social, contrapuesta a la supuesta pureza del mercado y la sociedad civil; convalidando su crónica fragilidad financiera, asentada sobre su ancestral incapacidad para cobrar impuestos a los ricos.

La conclusión irrefutable es que con un Estado en estas condiciones no es posible gestionar mínimamente la acumulación capitalista, para ni hablar de tratar de construir un paradigma de políticas económicas y sociales alternativo. Como lo prueba la experiencia de África Subsahariana, luego de la obra destructiva del Consenso de Washington los restos que quedan del Estado ni siquiera son capaces de canalizar hacia la masa de los indigentes generados por el neoliberalismo la ayuda de la cooperación internacional. En esta situación los Estados de América Latina no pueden ni recaudar donde deben (como ocurre en los países del capitalismo metropolitano, que tienen una estructura progresiva de tributación); ni gastar juiciosamente lo poco que recaudan (la prueba la otorgan las partidas no ejecutadas que, año tras año, se acumulan en los presupuestos de los Estados); ni asegurar un nivel elemental de administración racional de la vida social (garantizando, por ejemplo, acceso a agua potable, servicios sanitarios, salud pública, educación, seguridad, justicia, etcétera). La refundación del Estado, en consecuencia, es un imperativo insoslayable de la hora actual.

Podría objetarse que un Estado capitalista “debe” funcionar de esta manera, porque ello sería funcional a las necesidades de una burguesía rapaz y predatoria y a la estrategia del imperialismo. Y que mientras no se modifiquen radicalmente las condiciones políticas prevalecientes en la región, abriendo la posibilidad de construir un Estado de nuevo tipo, cualquier tentativa de refundación estatal adolecerá de los mismos defectos. Esto no es así, la reconstrucción del Estado puede hacerse —luego de la gran crisis social, económica y política experimentada en nuestros países y que colocó al neoliberalismo en una postura defensiva— sobre nuevas bases que potencien la presencia de los intereses populares, viabilicen el fortalecimiento de la ciudadanía y posibiliten un control efectivo de los mercados y de los agentes sociales del imperialismo y la reacción. Suponer que estas tareas pueden ser postergadas hasta un eventual triunfo de una revolución socialista equivale a convalidar el gigantesco holocausto social y ecológico actualmente en curso en nuestros países. Debemos plantearnos una estrategia de salida de la crisis sin más dilaciones. Si es mediante una alternativa revolucionaria tanto mejor, pero si tal camino estuviera por ahora bloqueado, impulsando una agenda audazmente reformista que sirva para instalar en otro nivel las luchas sociales de nuestro tiempo.

- b) **Anulación de la deuda externa.** Se trata de un asunto en donde la evidencia es abrumadora. Según Eric Toussaint, entre 1980 y 2000 los pueblos del Tercer Mundo enviaron, a sus acreedores del Norte, una suma equivalente a 43 Planes Marshall! (Toussaint, 2004, 178) Los países de América Latina y el Caribe han pagado entre cinco y seis veces la deuda externa original, y sin embargo todos ellos están más endeudados que antes. Este perverso “milagro económico” ha tenido gravísimas consecuencias sobre la región, al aumentar exponencialmente el número de pobres e indigentes y al comprimir los horizontes vitales de la gran mayoría de nuestra población, aún los que se hayan por encima de la raquítica “línea de la pobreza” usualmente considerada para discriminar entre pobres e indigentes y quienes no lo son. Resulta que entre los últimos hay grandes sectores sociales que habiendo escapado al flagelo de la pobreza y la indigencia viven aún muy por debajo de las condiciones en que podrían hacerlo dadas las posibilidades que hoy ofrece el desarrollo de las fuerzas productivas. Tal como lo asegurara el Presidente Fidel Castro en 1985, la deuda externa se ha convertido en una verdadera hemorragia económica y financiera de extraordinarias proporciones, en una absurda obligación totalmente impagable, cualesquiera sean los sacrificios que



los gobernantes impongan a sus pueblos para hacerlo. Las exacciones derivadas de una deuda ilegal, inmoral y tramposa son superiores inclusive a las impuestas a Alemania al finalizar la Primera Guerra Mundial. Pero la deuda externa ha también significado, en la práctica, un eficaz mecanismo mediante el cual el mundo desarrollado, y principalmente los Estados Unidos, succionan excedentes de nuestros países para sostener su crecimiento y financiar su déficit y sus niveles de consumo. Por otro lado, la deuda ha sido asimismo un oportuno instrumento de disciplinamiento de los países deudores, obligados a adherir a los preceptos del Consenso de Washington por las “condicionalidades” incorporadas en los diversos préstamos de las mal llamadas “instituciones financieras internacionales”, como el FMI, el BM y el BID, en realidad, dóciles tentáculos del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Doble función pues de la deuda externa: dispositivo de succión de excedentes y mecanismo de sujeción política de los países de la periferia.

Diversos estudios realizados en los últimos tiempos, especialmente por Eric Toussaint en ***La Bolsa o la Vida*** (Toussaint, 2004) demuestran concluyentemente lo anterior. También, la falacia del chantaje que suele esgrimirse para forzar a los gobiernos del Tercer Mundo a “honrar sus compromisos” so pena de ser responsables del colapso del sistema financiero internacional, ocultando el hecho de que algo más del 90 por ciento de toda la deuda existente en dichos sistemas se origina en los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. El **default** simultáneo de todos los países del Tercer Mundo daría lugar a un pequeño ajuste. El problema real, lo que podría causar el desplome del sistema financiero internacional, es el endeudamiento del Norte, pero es de muy mal gusto hablar de estas cosas.

Por último, conviene recapitular sobre las enseñanzas que deja la guerra de Irak. La Casa Blanca, con la ayuda de sus adláteres europeos, se apresuró a condonar la deuda pública de ese desgraciado país arrasado por la rapiña imperialista. Para ello acudieron al expediente de la “deuda odiosa”. Sin embargo, haciendo gala de una desfachatez pocas veces vista en la escena internacional, y de un escandaloso “doble Standard” para juzgar idénticas situaciones, la deuda contraída por las dictaduras latinoamericanas —desde Haití a la Argentina y Chile, pasando por casi todos los demás países— no puede acogerse a los beneficios que entraña la tesis de la “deuda odiosa” y por lo tanto debe ser pagada puntualmente. En síntesis: no hay criterios “serios y objetivos” para el tratamiento de la deuda externa sino simples conveniencias económicas y políticas. La anulación unilateral de la deuda es, pues, una medida concreta, viable, posible y necesaria si nuestros países quieren cambiar el rumbo de la historia. En este sentido, las lecciones que pueden extraerse de la experiencia argentina posterior al **default** declarado a fines del 2001 son sumamente ilustrativas: pese a la gritería de las instituciones financieras internacionales y sus voceros, que alertaban sobre los riesgos de un colapso inminente del país, la economía comenzó a recuperarse vigorosamente de la crisis sin la “ayuda” que otrora le prestaban los capitales que acudían en tropel atraídos por las extravagantes tasas de interés ofrecidas por las autoridades monetarias. El repudio de buena parte de la deuda fue, en la práctica, uno de los motores más importantes de la reactivación económica de estos últimos tres años.

- c) **Reforma Tributaria.** América Latina y el Caribe es la región del planeta con mayores índices de desigualdad e inequidad social. Esta es una verdad reconocida inclusive por las usinas ideológicas del neoliberalismo y por todas las agencias internacionales, aún las más cautelosas en sus denuncias sobre la situación

imperante en la región. Sin embargo, un espeso manto de silencio se extiende sobre la escandalosa regresividad de la estructura tributaria de nuestra región. Se trata de un tema sobre el cual apenas se habla, pero que clama al cielo. Una somera revisión de la literatura especializada producida por la CEPAL, el BID y otras instituciones afines al Consenso de Washington es suficiente para comprobar los alcances del inmenso vacío de estudios y trabajos existentes sobre este tema. Se estima que, por ejemplo, el impuesto a las ganancias corporativas que en los países de la OECD asciende a una proporción que oscila en torno al 15 por ciento del PIB en nuestra región apenas si orilla el 3 por ciento. En cada uno de nuestros países el gasto público se financia principalmente con impuestos al consumo, que no discrimina entre ricos y pobres, ocupados y desempleados, integrados y excluidos. Las recomendaciones del Consenso de Washington se dirigen exclusivamente a ampliar la base tributaria de los sectores asalariados y capas medias, pero nunca a redefinir el perfil de la tributación de una manera progresiva. Por lo tanto, ante esta situación los Estados latinoamericanos lidian permanentemente con una alarmante fragilidad financiera que les impide contar con los recursos indispensables para encarar las tareas que les son propias. La tercera medida de un programa de salida de la crisis debe ser, por razones de justicia, equidad y eficacia administrativa, la introducción de una reforma tributaria que acabe con la inequidad del sistema imperante.

Para que esto sea posible se necesita implementar una política de alianzas encaminada a aislar a los sectores más concentrados del capital, grandes beneficiarios de la situación actual. Por supuesto, la reacción de "los mercados", es decir, de los monopolios y oligopolios que los controlan a su antojo, va a ser sumamente violenta. Pero, eso va de suyo, cualquier gobernante de la región debería saber que, por más inocua e inocente que sea una medida, basta que con la misma despierte la sospecha o la suspicacia de las clases dominantes, o que su mera retórica no sea de su agrado, para que se ponga en marcha una infernal operación política que no excluye la seducción, el soborno, el chantaje, la cooptación, atentados terroristas y amenazas de todo tipo. En línea con lo que hace casi cinco siglos observara Nicolás Maquiavelo, quien pretenda "gobernar bien", es decir, en nombre del bien común y de los intereses generales de la sociedad, deberá estar preparado para enfrentarse a la lucha sin cuartel de los representantes del viejo orden. En América Latina, "gobernar bien" significa gobernar con los pobres y en contra de los ricos y los poderes establecidos. Por eso cuando el Presidente Hugo Chávez reúne en su contra a la embajada de los Estados Unidos, a las grandes cámaras empresariales, a los monopolios mediáticos, a las centrales sindicales corruptas y a la desprestigiada jerarquía de la Iglesia Católica es una clara indicación de que el gobierno de la Revolución Bolivariana va por el buen camino.

- d) ***Relanzamiento de una política de inversiones públicas*** en educación, salud, infraestructura, vivienda, recreación, seguridad social, etcétera. La reconstitución del Estado, sus agencias y aparatos, y la organización y jerarquización de su personal unidas a un acrecentado flujo de recursos genuinos como producto de la reforma tributaria exigen relanzar el languideciente gasto público en la región. A nadie se le escapa que como producto de la debacle financiera detonada por la crisis de la deuda y agravada por las políticas ortodoxas de ajuste y estabilización, el gasto público de nuestros países se destaca por su insuficiencia. Por supuesto, hay variaciones significativas entre los diferentes casos nacionales, pero la tendencia general es la misma. La inversión en educación, por ejemplo, ha

declinado si se la considera en términos per cápita. Nuestra región se compara desfavorablemente con los países del sudeste asiático en ese rubro y, en algunos casos, las cifras son inclusive inferiores a las que registran algunos de África y Asia meridional. ¿Hay alguna razón por la cual no se pueda poner fin a esta situación? Ninguna. Se trata, simplemente, de una cuestión financiera. El Estado carece de recursos. Y eso ocurre porque, como se dijo más arriba, recauda poco y mal entre quienes menos tienen. Dado que para salir del subdesarrollo uno de los factores más importantes es el aumento en el nivel general de educación y preparación de la fuerza de trabajo, la penuria de los presupuestos educativos no hace sino perpetuar el círculo vicioso de la pobreza y el subdesarrollo.

Idénticas consideraciones podrían hacerse en relación al gasto en investigación científica y desarrollo tecnológico, salud, seguridad social, justicia, infraestructura y toda una serie de ítems en donde los indicadores demuestran el rezago de los países de la región. La brecha entre los países de la OECD y los de América Latina medida por la inversión en investigación y desarrollo tecnológico es mucho mayor que la que existe cuando se la mide por indicadores como el ingreso per cápita. La mejoría que demuestran algunos indicadores de salud, como por ejemplo la disminución de la tasa de mortalidad infantil, queda desmentida cuando se observan otros de carácter más general y que hablan de una población subalimentada, víctima de enfermedades medievales y para quien la atención médica, en rápido proceso de mercantilización, se convierte cada vez más en una alternativa inaccesible. Una somera indicación de las deficientes condiciones de la alimentación y la salud de la población la ofrece la paupérrima performance de los deportistas de los países más poblados del continente en los recientes juegos olímpicos de Grecia en 2004, sobre todo cuando se los compara con los logros obtenidos por sus contrapartes de Cuba. Esta, pese al criminal bloqueo a la que se ve sometida desde hace casi medio siglo, obtuvo un número de medallas incomparablemente superior al de los demás países de la región aunque su población sea sólo una fracción de la de aquellos. Consideraciones semejantes podrían hacerse rubro por rubro, pero no este el objetivo de nuestro trabajo. Queda, como conclusión, la necesidad de relanzar el gasto público y las inversiones del Estado, revirtiendo la tendencia del último cuarto de siglo que exaltaba las virtudes de la "retirada" del Estado, del achicamiento del mismo, y la "privatización" de los servicios y de antiguos derechos ciudadanos. Un componente esencial de la agenda pos neoliberal lo constituye, precisamente, el aumento del gasto público y el creciente y diversificado papel del Estado en la vida económica y social.

- e) **Reforma Agraria.** Si algo ha demostrado el desarrollo de las luchas de clases en la región en los últimos años ha sido el papel cada vez más importante que le cupo a los movimientos indígenas y campesinos. Estos han tenido un rol protagónico en países como Bolivia y Ecuador, en los cuales la insurgencia de aquellos ocasionó la caída de los gobiernos de Sánchez de Lozada, Bucaram y Mahuad respectivamente. En algunos otros países la presencia de organizaciones campesinas también ha sido sumamente significativa, especialmente en Guatemala, Nicaragua, Colombia y Perú. En Brasil, los trabajadores sin tierra constituyen hoy por hoy el más formidable movimiento de masas de toda América Latina. Su composición incluye aparte de los campesinos tradicionales a los trabajadores rurales sin tierra, una formación socioeconómica distinta pero cuyas reivindicaciones coinciden con las de los primeros. Situación más o menos similar se vive en Paraguay. En otros países los movimientos de base indígena han adquirido una presencia notable, ante la

relativa pasividad de las clases populares agrarias. El ejemplo más notable en ese sentido es la lucha del pueblo mapuche en Chile. En México, en el otro extremo del continente, el componente campesino e indígena se hace presente en la totalidad de las diversas corrientes de protesta y movilización que agitan a ese país desde el ingreso al NAFTA, siendo el caso de los zapatistas aquél en el cual esta presencia ha adquirido mayor notoriedad.

Lo que se desprende de esta ojeada panorámica en torno a los problemas que plantea la "nueva ruralidad" en la región (Giarraca y Levy, 2004) es que el problema de la tierra sigue siendo de fundamental importancia y de gran actualidad para América Latina. La acelerada penetración del capitalismo en el campo lejos de haber disuelto la cuestión agraria no ha hecho sino exacerbarla cada vez más. Los problemas no sólo no se solucionaron sino que se agravaron. Quienes esperaban que la llamada "modernización neoliberal" y los vientos de la globalización propiciaran el surgimiento de una vigorosa capa de **farmers** latinoamericanos no pueden disimular su frustración. En lugar de ello el inventario de dificultades con que se enfrenta el agro latinoamericano es apabullante: creciente concentración y extranjerización de la propiedad de la tierra; dominio incontestado del **agribusiness**; inexistencia de créditos para los pequeños y medianos productores; masiva expulsión de campesinos, pequeños propietarios y trabajadores rurales, que agravan el gigantismo de grandes metrópolis como Ciudad de México y Sao Paulo; avance incontenible de la erosión, producida por monocultivos para la exportación como la soja; destrucción de la selva tropical; crisis en el aprovisionamiento del agua; desequilibrios ecológicos causantes de inundaciones, deslaves y sequías, que cobran numerosas víctimas entre los sectores populares; introducción de transgénicos y creciente "patentamiento" de los recursos naturales, con las consecuencias que se derivan de ello. ¿Quién dice pues que la cuestión agraria "ha salido" de la agenda de las luchas populares en América Latina? Una reforma agraria es hoy más necesaria que nunca. (Chonchol, 2004) Así lo ha entendido, en fechas recientes, el gobierno del Presidente Hugo Chávez en Venezuela. Así lo entendió la Revolución Cubana desde los inicios de su gestión. La Reforma Agraria que no significa tan sólo el reparto de la tierra, condición necesaria pero insuficiente para encarar la problemática del agro. Significa también expansión del crédito para pequeños y medianos productores, regulación del uso de la tierra y las aguas, reforma de los mecanismos de comercialización de la producción agropecuaria, etcétera.

- f) **Reconstrucción de los marcos regulatorios de los mercados.** Este es uno de los temas cruciales que también exige urgente respuesta. Las políticas neoliberales no sólo dismantelaron Estados y destruyeron agencias gubernamentales. También entregaron el control de la vida económica a las grandes empresas y los monopolios, sea por la vía de las privatizaciones como por la desregulación de los mercados. En abierto contraste con lo que ocurre en el mundo de los capitalismos desarrollados, donde aún los gobiernos más recalcitrantemente neoliberales mantienen estrictos controles sobre el funcionamiento de los mercados, en la periferia el avance del neoliberalismo significó la destrucción de casi toda forma de control y regulación. Agencias encargadas de controlar medicamentos y alimentos fueron suprimidas y las que sobrevivieron fueron privadas de recursos y personal para cumplir su misión; los marcos normativos que regulaban actividades económicas fueron "flexibilizados" hasta convertirlos en totalmente irrelevantes, los controles de calidad y precio de los servicios privatizados se quedaron en el plano meramente retórico, y así sucesivamente.

Especial atención merece el tema de la desregulación financiera, que al abrir la cuenta de capitales expuso a las economías de la periferia a los avatares del sistema financiero internacional. Como se sabe, este es de naturaleza eminentemente especulativa. Según Meter Drucker, un hombre estrechamente ligado al mundo de los negocios de los Estados Unidos, el 95 por ciento de las operaciones del sistema financiero internacional son netamente especulativas y se encuentran totalmente disociadas de las necesidades de los procesos productivos. Tal como lo hemos ampliamente expuesto en otro lugar, la desregulación de la cuenta de capitales ha sido el vehículo principal a partir del cual el capital financiero pasó a comandar el proceso de acumulación a escala mundial, lo que hoy día llamamos "globalización". (Borón, 2001: 31-62) Como oportunamente señalan Panitch y Gindin en un artículo recientemente publicado en el ***Socialist Register*** de 2004, fue precisamente la desregulación financiera el mecanismo económico que permitió consolidar la hegemonía de los Estados Unidos al interior del bloque imperialista mundial. El otro elemento, sin duda, fue la aplastante superioridad tecnológica y logística de las fuerzas armadas norteamericanas, únicas capaces de operar con cierta eficacia a escala planetaria. (Panitch y Gindin, 41-48) Un modesto correctivo de las distorsiones y perturbaciones ocasionadas por la desregulación financiera es ofrecido por la Tasa Tobin. En efecto, la aplicación de un impuesto de apenas el 0,5% sobre las transacciones que tienen lugar en los mercados cambiarios internacionales —que mueven cada día casi 2.000.000 de millones de dólares (la abrumadora mayoría de las cuales, como asegura el propio Meter Drucker, son de carácter netamente especulativo) serviría para crear recursos genuinos del orden de los 500.000 millones de dólares anuales. Esta cifra equivaldría, en dinero actual, a aproximadamente seis planes Marshall por año y si bien estos no resolverían todos los problemas que hoy abruma a las naciones del Tercer Mundo pocas dudas caben que sería de gran ayuda. Sostenida a lo largo de los años una Tasa Tobin tan insignificante, desde el punto de vista de los capitales, como el 0,5%, podría ser un instrumento potencialmente de gran eficacia para combatir la pobreza, atacar a enfermedades, y defender el medio ambiente, todo lo cual se vería facilitado por la gran concentración de las operaciones cambiarias en un puñado de grandes centros financieros internacionales.

Va de suyo que la Tasa Tobin no podría ser considerada como una medida de tipo socialista ni tampoco es una iniciativa que pueda adoptar unilateralmente un gobierno. La coordinación internacional de esfuerzos es una condición inescapable. Pero, mientras esto se logra sería importante que los gobiernos pugnarán por introducir nuevas regulaciones en los mercados financieros internacionales. La eventual aplicación de la Tasa Tobin, un tema que ya comienza a estar en la agenda pública de varios gobiernos europeos —y que, por lo tanto, no habría que considerar como una idea excéntrica— implicaría un gran avance ante la actual "irracional exhuberancia de los mercados", como dijera nada menos que el Chairman del Federal Reserve Board de los Estados Unidos, Alan Greenspan. Además señalaría un saludable cambio de tendencia en las relaciones económicas internacionales puesto que tendría la virtud de romper un tabú, sometiendo a discusión un tema que se encuentra herméticamente sellado y que puede ser el punto de partida para medidas más radicales para controlar el capital financiero internacional.<sup>1</sup>

En todo caso, y yendo más allá de los detalles específicos del caso, es imprescindible instituir un nuevo modelo de regulación. Como bien lo anotara Samir Amin, la llamada "desregulación" del neoliberalismo no es otra cosa que la

regulación que los grandes conglomerados empresariales imponen sobre los mercados, disimulada tras el manto ideológico de una supuesta “desregulación”. De lo que se trata, es que aquella sea instituida por un Estado democrático atendiendo a las necesidades del bienestar general de la población y no, como ocurre con la regulación empresarial actualmente en vigor, a las de la rentabilidad del capital en detrimento de los pueblos y el medio ambiente.

- g) ***Una nueva estrategia de desarrollo.*** Cualquier gobierno que aspire a superar el penoso legado del neoliberalismo deberá impulsar una nueva estrategia de desarrollo basada en la reconstitución del mercado interno. Ningún país ha crecido y se ha desarrollado sobre la base del crecimiento de las exportaciones. En este sentido, el veredicto de la historia es inapelable: tanto en los capitalismos metropolitanos como en la hasta ahora única, y excepcional, experiencia exitosa de tránsito del subdesarrollo al desarrollo, el caso de Corea del Sur, lo que hizo posible tales logros fue la combinación de un agresivo desempeño exportador con un sostenido fortalecimiento del mercado interno. Por si las comparaciones internacionales no fuesen suficientes la historia latinoamericana desde finales del siglo diecinueve hasta mediados del siglo veinte aporta antecedentes irrefutables demostrativos de las insalvables limitaciones del “crecimiento hacia afuera”. ¿No fueron acaso, en su momento, países como Argentina, Chile y Uruguay, señalados como destinados a alcanzar gracias a sus éxitos en materia de exportaciones agro mineras los niveles de desarrollo existentes en Europa y los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo veinte? Tal como lo documentara a mediados de los años cincuenta Aníbal Pinto en su brillante trabajo sobre la experiencia chilena, el de esos países fue “un caso de desarrollo frustrado”: las exportaciones se multiplicaban, pero la economía no se desarrollaba y su vulnerabilidad externa se acrecentaba día a día. (Pinto, 1957) La distancia entre esos “casos exitosos” del crecimiento hacia fuera latinoamericano y las economías capitalistas metropolitanas se agrandaba día a día. Y esto ocurría porque aquél carecía de un sustento interior que lo colocase al abrigo de las permanentes oscilaciones de los mercados internacionales, mucho más pronunciadas hoy que ayer. Era, para decirlo con las palabras de Agustín Cueva, un desarrollo “oligárquico-dependiente” que profundizaba la sujeción de las economías periféricas a los intereses y prioridades de los centros y que no tenía capacidad alguna para auto sustentarse. ¿Hay alguna evidencia que nos permita inferir que hoy la situación se ha modificado radicalmente? Pensemos simplemente qué ocurriría si, como consecuencia de una crisis, el mercado norteamericano se cerrase súbitamente para países como México, los de Centroamérica y el Caribe, Colombia, Ecuador y, en menor medida, Chile. No hace falta ser un premio Nóbel de Economía para vaticinar que los resultados serían catastróficos. Bajo estas condiciones, ¿cómo no poner en cuestión la sabiduría convencional de la ciencia económica que celebra alborozada los “éxitos” de economías cada vez más dependientes, vulnerables, endeudadas y extranjerizadas? ¿O de economías que, en un número creciente de casos, han suprimido sus propias monedas o establecido regímenes cambiarios que en la práctica implican exactamente lo mismo?

Una estrategia pos-neoliberal de salida de la crisis tiene que partir con el reconocimiento de las insalvables limitaciones que caracterizan al desarrollo del capitalismo en la periferia. Esto remite a un tema más amplio que si bien no podemos tratar aquí quisiéramos al menos dejarlo señalado en los siguientes términos: ¿es razonable suponer hoy, habida cuenta de toda la experiencia acumulada a lo largo de los últimos ciento cincuenta años, que una estrategia de



desarrollo capitalista podrá superar el subdesarrollo, la pobreza y la espeluznante desigualdad que caracteriza a los capitalismos latinoamericanos? Nuestra tesis es que no, que tal como lo apuntáramos en otro lugar, el capitalismo ya dio sus mejores frutos en un lugar —el mundo principalmente europeo— y en un tiempo, los “años dorados” de la segunda posguerra. Ese fue el mundo milagroso del “capitalismo keynesiano”, pero ni aquél fue el lugar de América Latina y el Caribe, ni este es nuestro tiempo histórico. Entre nosotros la “modernización” del capitalismo ha significado profundizar los rasgos aberrantes que hoy lo tipifican: pobreza, exclusión, desigualdad, inequidad, destrucción del medio ambiente, opresión, despotismo, sexismo, racismo, discriminación y así sucesivamente. Por ello, una salida a la crisis actual implica, necesariamente, recortar privilegios del capital lo que, en la práctica, significa comenzar a construir el socialismo. No habrá solución alguna de la crisis que nos agobia si no se pone en funcionamiento una estrategia que limite efectivamente el despotismo de los mercados y la primacía de los oligopolios y el imperialismo. De ahí que cualquier planteamiento que pretenda avanzar por el camino de un modelo alternativo de desarrollo sin confrontar con los capitalistas sea meramente ilusorio. Por eso mismo, pensar que se puede “gobernar bien” hoy en América Latina y el Caribe sin confrontar con el poder de las grandes empresas que controlan los mercados a su antojo sea una aspiración condenada de antemano al fracaso.

## ***5. La trama política***

Esta somera presentación nos permite visualizar la inconsistencia del discurso descalificador que sugiere que los críticos del neoliberalismo carecen de un proyecto alternativo. Los llamados “modelos” de política económica se organizan en torno a un núcleo de ideas esenciales que cumplen la función de establecer la orientación general de las políticas gubernamentales, fijar los objetivos concretos y puntuales impuestos en la coyuntura e identificar los instrumentos de política que deberán ser utilizados para lograr las metas así determinadas. Surgido como producto de la Gran Depresión y el desempleo de masas, el paradigma “keynesiano” tenía como objetivo supremo el pleno empleo y era la necesidad de garantizarlo lo que estructuraba el conjunto de políticas sociales y económicas de los gobiernos. Bajo el paradigma neoliberal, en cambio, los objetivos supremos son la estabilidad monetaria y la valorización financiera. Consecuentemente, todo el abanico de políticas públicas se redefine en función de estas metas. El pos neoliberalismo gira en torno a un núcleo de valores tales como la justicia, la democracia, el bienestar público y el crecimiento económico, y es a partir de ellos que debe elaborar un paradigma de políticas públicas apto para honrarlos.

La cuestión de las alternativas de salida al neoliberalismo plantea, por consiguiente, un problema que va más allá de la economía y que se resuelve en el plano de la política. Si las políticas neoliberales se sostienen es debido a que hay una correlación nacional e internacional de fuerzas que resulta muy difícil de neutralizar. El desarrollo reciente de un capitalismo cada vez más globalizado ha cambiado, en un sentido desfavorable para los intereses de las clases y capas populares, el escenario de las luchas de clases. Si bien estas nunca se libraron, en un sentido estricto, tan sólo en el ámbito nacional —recordemos, si no, las enseñanzas de la Comuna de París y la fulminante internacionalización de la lucha de clases en Francia— en la actualidad la penetración de los factores internacionales es mucho más marcada. Y si esta tendencia es evidente en general, en el caso latinoamericano la presencia de los Estados Unidos como gendarme de las estructuras tradicionales de dominación y dependencia hace que su amenazante sombra se proyecte sobre los conflictos sociales de todos los países, sin

distinción de tamaño o gravitación internacional. La larga historia de intervenciones militares norteamericanas, en la región, a la que se suma la aún más voluminosa crónica de sus intervenciones encubiertas, es prueba suficiente de ello.

La ominosa presencia de factores internacionales tan negativos no significa, sin embargo, que los avances que se registren en el tablero nacional de la lucha de clases estén condenados a la irrelevancia. Como lo hemos expresado en otro lugar (Borón, 2002) nada sería más erróneo que concluir que el imperialismo es invencible o inexpugnable. La heroica resistencia de Cuba a casi medio siglo de agresiones y hostilidades confirma la veracidad de esta tesis. El difícil avance de la Revolución Bolivariana en Venezuela aporta otro ejemplo sumamente importante en la misma dirección. La historia de América Latina y el Caribe es rica en procesos emancipatorios que, durante un tiempo al menos, lograron sostener políticas económicas y sociales inspiradas en valores y proyectos antagónicos al imperialismo: la Guatemala de Arévalo y Arbenz; Bolivia en 1952, Chile en 1970 y el triunfo del Sandinismo en Nicaragua en 1979 son otros tantos ejemplos de que hay alternativas y que el mundo puede ser reconstruido de otra manera. La derrota de estas experiencias —pues no se trató de un fracaso sino de una derrota— se produjo bajo circunstancias que si bien no han desaparecido del todo son difícilmente reproducibles hoy día. Una evaluación realista del imperialismo nos lleva a concluir que algunos de sus instrumentos tradicionales, como por ejemplo, el golpe militar, son de dudosa utilidad en el momento actual. Otros han surgido en su reemplazo: por ejemplo, la manipulación y el control mediáticos o el enorme peso del chantaje económico. Pero ninguno de ellos ha logrado clausurar la historia.

#### ***a) El canto de sirena del "posibilismo y el reformismo"***

Hechas estas consideraciones, cabe ahora preguntarse si, en la coyuntura actual, hay espacio para ensayar políticas pos neoliberales.<sup>2</sup> Los mandarines del pensamiento único insisten en decir que no. La respuesta, en realidad, tiene que ser matizada. En algunos casos es a todas luces positiva; en otros también, si bien con algunas reservas. Veamos el caso del Brasil. Los defensores del desdichado rumbo actual seguido por los gobiernos de Fernando H. Cardoso y Lula en política económica dicen que debido al endeudamiento público y externo del Brasil y a su fragilidad financiera, el país necesita ganarse la confianza de los inversionistas internacionales para desencadenar un flujo de capitales que estabilice el sector externo de la economía brasileña. A tal efecto el gobierno del Presidente Lula designó como presidente del Banco Central del Brasil —iasignándole luego, por primera vez en la historia brasileña, las prerrogativas e inmunidades inherentes a un cargo en el gabinete ministerial!— a Henrique de Campos Meirelles, ex gerente general del Fleet Boston, "séptimo en importancia en los Estados Unidos y segundo en cuanto a la jerarquía de acreedores brasileños".<sup>27</sup> No es un dato menor que, como lo recuerda Toussaint, Meirelles hiciera campaña a favor de José Serra en la primera y también en la segunda vuelta electoral, al punto tal que el día de su designación al frente del Banco Central del Brasil todavía su sitio de Internet conservaba el llamado a votar por el rival de Lula en las elecciones presidenciales del 2002. (Toussaint, 2004, 328) En todo caso, la designación de Meirelles y el rumbo adoptado por la política económica brasileña con el nuevo gobierno fueron señales inequívocas de la capitulación de Brasilia a los dictados del capital financiero internacional y a los acreedores externos. Lo que seguiría sería más de lo mismo, ratificándose el rumbo neoliberal adoptado por sucesivos gobiernos brasileños. Una expresión gráfica de esta tendencia surge prístinamente de las

siguientes cifras: entre 1992 y 2002 la participación de los asalariados en el ingreso nacional brasileño descendió del 45 al 27%, al paso que pese a esta fenomenal reducción ellos aportan el 55% de todo lo recaudado por concepto de impuesto a la renta en el Brasil. (Toussaint, 2004: 331) Esto cuestiona seriamente la tesis del ministro de Hacienda del gobierno de Lula, Antonio Palocci, cuando dijera, a poco de asumir su cargo que “vamos a cambiar esta economía sin cambiar la política económica”. Dos años después comprueban irrefutablemente que no se puede cambiar la primera sin hacer lo propio con la segunda.

La pregunta que surge inevitablemente es la siguiente: ¿no tenía el gobierno de Lula posibilidades de aplicar otra política? ¿No había alternativas? La resignación que impone el “posibilismo conservador” es insostenible a la luz de la experiencia práctica, porque si hay un país que tiene todas las condiciones para ensayar exitosamente una política post neoliberal en el mundo ese es Brasil. Porque, si se llegara a demostrar que Brasil no puede, ¿quién podría? ¿El Ecuador de Lucio Gutiérrez? ¿El Frente Amplio en el Uruguay? ¿Un posible gobierno de Evo Morales en Bolivia? ¿La Argentina de Kirchner? Brasil, en cambio, por sus inmensos recursos —agricultura, ganadería, competitividad industrial, tamaño territorial, población, desarrollo tecnológico, etcétera— si quiere, puede. Una evaluación realista de la supuesta racionalidad de la actual orientación de la política económica brasileña debería hacerse a la luz de lo ocurrido en la Argentina en los últimos años. Esto demostraría que lo que condujo a este país a la peor crisis de su historia no fue su actitud desafiante y “rebelde” ante el Consenso de Washington sino precisamente la total subordinación de la voluntad política y la gestión del Estado a los caprichos de los mercados.

Tal como lo reconocíamos en un análisis efectuado antes de la asunción de Lula a la presidencia, la tentación posibilista está siempre al acecho de cualquier gobierno animado por una vocación transformadora. (Borón, 2003b) Ante la inmadurez de las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución, nota que caracteriza al momento actual no sólo de Brasil sino de toda la región, una mal entendida cordura impulsa a los reformistas “blandos” a contemporizar con los adversarios de clase y a buscar en los entresijos del sistema alguna ruta de escape que evite una capitulación *tout court*. El pequeño problema que tiene esta estrategia es que la historia nos enseña que después es imposible evitar el tránsito de este falso “realismo posibilista” al inmovilismo y, luego, a una catastrófica derrota. Eso es lo que enseña la experiencia argentina con el gobierno de supuesta “centroizquierda” de la Alianza y más generalmente, con los de la socialdemocracia en España, Italia y Francia. En términos más generales, esa fue también la conclusión teórica a la que llegara nada menos que Marx Weber al afirmar, en el párrafo final de su célebre conferencia “La política como vocación”, que tal como “lo prueba la historia ... en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez”. (Weber, 1982) Las lúcidas palabras de Weber, tal vez la expresión más elevada del liberalismo conservador europeo, son tanto más importantes en un continente como el nuestro, marcado a fuego por la presencia inmediata del imperialismo norteamericano y unas clases dominantes que hicieron del despotismo y la intolerancia sus señas de identidad más conspicuas. Un continente en donde las enseñanzas de la historia demuestran de modo inapelable que hubo que intentar lo imposible para lograr modestos avances sociales; que se necesitaron verdaderas revoluciones para instituir algunas cautelosas reformas en las estructuras sociales de la región más injusta del planeta; y que sin una utopía política audaz y movilizadora, los impulsos reformistas se extinguen, los

gobernantes capitulan y sus gobiernos terminan asumiendo como su misión fundamental la decepcionante administración de las rutinas cotidianas, tarea que suelen encomendar a algunos de los economistas profesionales favoritos del **stablishment** convenientemente amaestrados en alguna universidad norteamericana.

Conviene aclarar, dado lo escabroso del tema, que las esperanzas depositadas en un vigoroso reformismo, posible si hay voluntad política, no significa hacer oídos sordos a las sabias advertencias de Rosa Luxemburgo.<sup>3</sup> Al observar el panorama europeo decía que las reformas sociales, por genuinas y enérgicas que sean, no cambian la naturaleza de la sociedad preexistente. Lo que ocurre es que al no estar la revolución en la agenda inmediata de las grandes masas de América Latina y el Caribe; es más, al no estar la revolución instalada en el “clima de la época” como sí lo estaba en los cincuenta y los sesenta, la reforma social se convierte, en la coyuntura actual, en la única alternativa disponible para hacer política. Pero la reforma, bien recordaba nuestra autora, no es una revolución que avanza lentamente o por etapas hasta que, con la imperceptibilidad del viajero que cruza la línea ecuatorial —para seguir con la famosa metáfora de Edouard Bernstein— se llega al socialismo. Quines abriguen excesivas ilusiones acerca de la productividad de las reformas deberían recordar las lecciones que arroja un siglo de reformismo socialdemócrata en Occidente: a pesar de todos los esfuerzos ellas no fueron capaces de “superar” el capitalismo. Produjeron cambios importantes, sin duda alguna, pero siempre “dentro del sistema”, fracasando rotundamente en su declarada intención de “cambiar el sistema” y dar luz a un nuevo modo de organización económico social superior. Para colmo, los cambios introducidos no fueron, en casi ningún caso, reversibles, y los logros obtenidos luego de largas luchas fueron, en gran medida, cancelados por la reacción neoconservadora y neoliberal de los años ochenta y noventa.

Pese a estas desalentadoras conclusiones, en la actual coyuntura nacional e internacional signada por el reflujo del impulso revolucionario de las masas y el radical debilitamiento del mundo socialista, el reformismo aparece como el único camino por el cual avanzar, mientras las fuerzas populares se esfuerzan en modificar las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para ensayar alternativas más prometedoras. Tal vez sea excesivo, pero no estaría de más comparar la situación presente con la que predominaba en la década de los treinta, cuando el auge de los fascismos precipitó la conformación de grandes alianzas reformistas y poli clasistas —la conocida táctica del Frente Único Antifascistas de la III Internacional— concebidas como la única alternativa frente a la mortal amenaza que planteaban los regímenes fascistas en Europa y Asia. La situación actual, ¿no guarda acaso algunas significativas similitudes con la imperante en la década de los treinta? ¿O es que el gobierno de George W Bush representa un peligro menos grave para la paz, la seguridad, la democracia, la libertad y la justicia que el que en su tiempo representaran Hitler, Mussolini y los demás déspotas europeos y asiáticos? La doctrina nazi del **lebensraum** (“el espacio vital”) ¿es muy diferente de las formulaciones abiertamente imperialistas de la Nueva Doctrina de Seguridad Nacional anunciada por la Casa Blanca en septiembre de 2002 y ratificada, con rasgos aún más ominosos, en el discurso inaugural del presidente norteamericano el 20 de enero del 2005?

Vivimos, por lo tanto, en tiempos de reflujo, en donde el reformismo es una “segunda mejor” alternativa ante la temporaria clausura de la ruta revolucionaria.

El error de muchos reformistas, no obstante, ha sido el de confundir necesidad con virtud. Porque aún cuando en el momento actual —signado por la agresividad sin precedentes del imperialismo, la lenta y demorada recomposición de las fuerzas populares luego de los retrocesos experimentados a finales del siglo pasado, el acrecentado predominio de los monopolios en la economía y los medios de comunicación, la hegemonía ideológica del neoliberalismo, etcétera— el camino de las reformas aparezca como el único que se encuentra abierto, eso no lo convierte en un instrumento adecuado para la construcción del socialismo. No obstante, si las reformas se dieran bajo una cierta forma —potenciando la presencia popular en el Estado, la economía y la vida social, actuando rápidamente y estableciendo salvaguardas que garanticen la irreversibilidad de las mismas; diseñando una lógica acumulativa que ponga en movimiento una suerte de “reformismo permanente”— ellas podrían constituir un peldaño nada despreciable para avanzar en dirección del socialismo.

El problema con el reformismo es que en un mundo barbarizado como el del capitalismo neoliberal se requieren transformaciones de fondo y no tan sólo ajustes marginales. Si, como dicen los zapatistas, “de lo que se trata es de crear un mundo nuevo” tal empresa excede con mucho los límites cautelosos del reformismo. Pero, por otro lado, por decepcionante que este sea los movimientos populares no pueden permanecer cruzados de brazos hasta que llegue el “día decisivo” de la revolución. El problema de algunos sectores de la izquierda latinoamericana radica precisamente en la persistencia de un “revolucionarismo abstracto”, huérfano de eco entre las masas pero dotado de virtudes balsámicas capaces de apaciguar con la radicalidad de sus consignas los espíritus dominados por una ardiente impaciencia que los lleva a pronosticar una y mil veces la inminencia del estallido revolucionario. Pero la historia no la cambian las consignas sino en la medida en que estas se encarnen en el sujeto popular. “Pan, tierra y paz” se convirtió en una fuerza motora de la revolución rusa no en virtud de la sencilla elocuencia de su formulación sino porque, en un momento exacto del desarrollo de las luchas de clases en la Rusia Zarista, Lenin interpretó cabalmente el sentir y las aspiraciones inmediatas y no negociables de soldados, campesinos y obreros. En ausencia de esta encarnadura social el “revolucionarismo abstracto” es apenas una forma sublimada y más compleja de admitir la propia incapacidad para cambiar el curso de la historia. Conviene recordar, además, que en nuestros países los desafíos que las reformas plantean a las clases dominantes dieron lugar a feroces contrarrevoluciones que ahogaron en un baño de sangre tales tentativas. Se equivoca quien cree que el reformismo es un debate cortesano y caballeresco acerca de los bienes públicos y el rumbo gubernamental. Quien invoca a la reforma en América Latina conjura en su contra a todos los monstruos del **establishment**: los militares y los paramilitares; la policía secreta y la CIA; la embajada norteamericana y la “prensa libre”; los “combatientes por la libertad” y los terroristas organizados y financiados por las clases dominantes de aquí y de allá. En América Latina el camino de las reformas está lejos de ser un paseo por un prado rebosante de flores. Para nuestras derechas, las reformas no son un sustituto sino un catalizador de la revolución, y por eso no ahorran sangre para combatirlas.

Sucesivos presidentes latinoamericanos optaron por desestimar el camino de las reformas profundas y gobernar según las reglas del posibilismo “tranquilizando” a los mercados y satisfaciendo puntualmente cada uno de sus reclamos. Los resultados están a la vista en Argentina y Brasil. Es cierto que no hay parangón

alguno entre figuras tan distintas social y moralmente como Lula y De la Rúa. Tampoco puede haber paralelismo alguno entre el Partido Justicialista o la Alianza (esa insípida mezcla del diletantismo radical y el oportunismo frepasista) y el PT, una de las construcciones políticas más importantes a nivel mundial. Pero, como dolorosamente lo comprueba la experiencia brasileña durante los dos años del gobierno de Lula, ni un liderazgo respetable ni un gran partido de masas garantizan el rumbo correcto de una experiencia política. Su gobierno se ha internado por el camino equivocado al final del cual, pese a lo que sinceramente cree el presidente brasileño, no se encuentra una nueva sociedad más justa y democrática —cuya búsqueda fue lo que dio nacimiento al PT hace poco más de veinte años— sino una estructura capitalista más injusta y menos democrática que la anterior. Un país en donde la dictadura del capital, revestida con un leve ropaje pseudodemocrático, será más férrea que antes, demostrando dolorosamente que George Soros tenía razón cuando le advertía al pueblo brasileño que ganase quien ganase la elección presidencial del 2002 de todos modos gobernarían los mercados. Sería bueno que Brasil se ahorrara los horrores que el “posibilismo” y la política de “apaciguamiento de los mercados” produjo en la Argentina contemporánea.

### ***b) La izquierda en la oposición***

Las fuerzas de izquierda, en el gobierno como en la oposición, se enfrentan pues a formidables desafíos. Las últimas, como opositoras a una variedad de gobiernos burgueses, porque deben honrar la propuesta gramsciana de construir partidos, movimiento y organizaciones genuinamente democráticos y participativos y, por cierto, políticamente eficaces, capaces de prefigurar, aunque sea en sus rasgos más generales, la naturaleza de la ciudad futura que pretenden fundar. Esto implica la necesidad de replantearse, desde una perspectiva actual e innovadora, la crucial problemática leninista de la organización, abandonada en los últimos años por el auge de posturas ideológicas y políticas cautivadas por las infinitas posibilidades transformadoras que, supuestamente, abría el sentimiento espontáneo de las masas o la potencia constituyente de la multitud. La sentencia de Lenin cuando decía, poco después de haber publicado el *¿Qué hacer?*, que el “proletariado, en su lucha por el poder, no tiene más arma que la organización” es tan pertinente y correcta hoy como ayer.<sup>4</sup>

A la vez que construyen sus propias organizaciones, las clases explotadas tienen también que ser capaces de plasmar sus aspiraciones en un programa de gobierno. Si los valores fundamentales del socialismo remiten a cuestiones generales y a concepciones filosóficas universales y permanentes, los proyectos concretos de salida del neoliberalismo en los cuales éstos se encarnen deben responder a las especificidades de la coyuntura y las determinaciones del espacio y del tiempo. El avance en el establecimiento de una sociedad socialista no puede producirse de la misma manera en Burundi que en Brasil. En la elaboración de este proyecto la izquierda debe demostrar su capacidad para sintetizar la enorme diversidad de reivindicaciones —económicas, sociales, culturales e identitarias— del campo popular en una fórmula integral y totalizante que dé cuenta de la pluralidad de situaciones que caracterizan a las distintas clases y formaciones sociales subalternas. El neoliberalismo, al desencadenar una fragmentación sin precedentes de la vida social ha complejizado asimismo la cuestión de la representación política. Si en el pasado del capitalismo periférico el “universo popular” era relativamente simple —un sector obrero, el campesinado y una masa marginal urbana siendo sus



componentes principales— lo que permitía la eficaz articulación de sus intereses en un partido de clase, en la situación actual el panorama social de nuestros países se asemeja notablemente a la descripción que Antonio Gramsci hiciera de las regiones agrarias del sur de Italia en *La cuestión meridional*. En ese texto el fundador del Partido Comunista Italiano decía que el *mezzogiorno* era una “inmensa disgregación social”, en donde antiguas formaciones sociales habían sido pulverizadas por el avance del capitalismo y su colisión con los restos de un orden señorial en descomposición. Y es precisamente en este punto donde la función ideológica y conectiva del partido —concebido, otra vez siguiendo a Gramsci, como “el intelectual colectivo” de las clases y capas populares— aparece con toda su importancia. A él le compete la doble tarea de (a) sintetizar este heteróclito conjunto de intereses, demandas y aspiraciones vehiculizadas por una miríada de movimientos sociales en una fórmula unitaria de transformación social, y (b) gestar una estructura de relaciones capaz de articular las luchas puntuales y sectoriales —libradas casi siempre con ejemplar abnegación— en una gran estrategia que supere las limitaciones de los particularismos y localismos y posea la capacidad para cuestionar eficazmente la dominación burguesa. Si de algo estamos seguros es de que ésta no habrá de desvanecerse por la radicalidad de las demandas de las fuerzas sociales empeñadas en lograr una reivindicación particular, sea ésta la lucha contra el sexismo, el racismo o la depredación ecológica. La sociedad capitalista puede absorber estas pretensiones sin que por eso se disuelva en el aire su estructura básica asentada sobre la perpetuación del trabajo asalariado. Y la mera yuxtaposición de estas reivindicaciones, por enérgicas que sean, no será suficiente para dar paso a una nueva sociedad.

Singular relevancia adquiere en estas circunstancias la “batalla de ideas”. Como si todo lo anterior no fuera una tarea enorme la izquierda en la oposición debe también demostrar su capacidad para neutralizar el accionar de los aparatos ideológicos de la burguesía y hacer llegar su mensaje y su discurso al conjunto de la población, que por cierto no tiene sus oídos bien predispuestos para escuchar un mensaje socialista. Antes bien, los prejuicios cultivados e inculcados con habilidad por los publicistas de la derecha —que con sus medios de comunicación dominan casi sin contrapeso la escena mediática de la región— la tornan profundamente refractaria ante cualquier discurso que hable de socialismo o comunismo. Ante sus ojos eso equivale a violencia y muerte, y pese a que la izquierda ha sido víctima de ambas cosas en la historia reciente de nuestra región se la acusa de ser la representante y portadora de esas desgracias. La víctima se convierte así, por impulso de la manipulación ideológica, en victimaria de la sociedad. La eficacia de esta propaganda radica, no en menor grado, en un importante componente de resignación y pesimismo que sería errado desconocer y que plantea la futilidad de cualquier tentativa de superar al capitalismo. La osadía podría ser seguida de un baño de sangre, se nos dice, y nadie quiere esto. De ahí que en amplios segmentos de las clases y capas populares el escapismo —el milenarismo de las sectas evangélicas, la autoayuda psicológica, el fanatismo deportivo, etcétera— aparezca como una alternativa, falsa sin duda, pero que no es así percibida por quienes no encuentran futuro alguno bajo el actual orden social. El desafío a la credibilidad de la izquierda es, por tanto, considerable.

Agréguese a esto una cuestión adicional: la necesidad de combatir, en el seno de la izquierda, toda una serie de tendencias derrotistas y liquidacionistas que proliferan en épocas de crisis. Una expresión aclamada de esta tendencia la encontramos en la obra anteriormente referida de Hardt y Negri en donde se propone la inverosímil

interpretación de un imperio “postmoderno” desembarazado ya de sus arcaicos lastres imperialistas y de sus viejas obsesiones de dominación territorial. La extraordinaria acogida que tuvo este texto, potenciado por la astuta promoción que la derecha hizo de esta obra a través de todos sus medios de comunicación y aparatos ideológicos, es un dato preocupante dado que el remate político que se extrae del mismo no es otra que la futilidad de la lucha antiimperialista, iprecisamente cuando el imperialismo transita por la etapa más agresiva de la historia! Semejantes conclusiones se derivan de la teorización, también referida anteriormente, de John Holloway con su apasionante exhortación a las clases populares para que se abstengan de tomar el poder —ícomo si estuvieran próximas a hacerlo!— y su vaporosa propuesta de construir un quimérico anti poder que no puede sino suscitar la sonrisa sardónica y confiada de los burgueses. Entre nosotros, decía Mariátegui hace unos ochenta años, “el marxismo no puede ser calco y copia”. Agregariamos hoy que mucho menos puede ser “calco y copia” de los discursos de la derecha.

c) ***La izquierda en el poder***

En relación a la izquierda “gobernante” los retos son de otro tipo. Tal como ya ha sido señalado, la victoria de Lula constituye un hecho histórico sólo comparable, en la segunda mitad del siglo veinte, con el triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959; con el de Salvador Allende en las elecciones de septiembre de 1970 en Chile; con la victoria insurreccional —infelizmente malograda después— de los sandinistas de julio de 1979 y con la irrupción del zapatismo en México en enero de 1994. Era fundamental ganar las elecciones brasileñas de 2002 y acceder al gobierno. Pero mucho más importante era construir el poder político suficiente como para “gobernar bien”, entendiéndose por honrar el mandato popular que exigía poner fin a la pesadilla neoliberal y avanzar en la construcción de una sociedad diferente. No obstante, hasta ahora los resultados en el terreno económico y social han sido decepcionantes y la demora de Brasilia en poner en marcha un proyecto alternativo aparece ya, ante los ojos de muchos, como una inexplicable rendición incondicional ante el poderío de los mercados.

El PT fue el primer partido que tuvo que hacerse cargo del gobierno después del rotundo fracaso de las políticas inspiradas en el Consenso de Washington, con el expreso mandato de poner en marcha un programa pos neoliberal de reconstrucción. En argentina, pionera en materia de infortunios, el derrumbe del neoliberalismo fue obra de la gran insurgencia popular desencadenada el 19 y 20 de diciembre del 2001. Esta demostró tener la capacidad de derrocar a un gobierno entreguista y reaccionario pero, tal como ocurriera con similares experiencias en Ecuador, Bolivia y Perú, el protagonismo de la multitud —tan alabado en algunas recientes teorizaciones de la izquierda postmoderna— no fue suficiente para crear una alternativa política que abriera las puertas al post neoliberalismo. El gobierno de Néstor Kirchner declara sus buenas intenciones, actúa consecuentemente en algunos frente (como los derechos humanos, la depuración de la Corte Suprema y la reorientación de la política internacional de la Argentina) pero en el área económica su apego a los cánones de la ortodoxia es un pesado lastre que puede frustrar las expectativas creadas por su encendida retórica ante neoliberal. En Brasil, en 2002, tres de cada cuatro electores rechazaron en las urnas la continuidad de las políticas neoliberales simbolizadas en el candidato oficial José Serra, quien fue vapuleado por su adhesión a un modelo económico que había concitado el repudio masivo de la ciudadanía. El mandato popular fue a favor de un

cambio, y Lula lo ratificó en su primer discurso público como presidente cuando dijo que “la palabra clave es cambio”. Sin embargo, nada cambió en Brasil. En términos económicos, tanto el discurso oficial llamativamente alineado con el Consenso de Washington —con una sobreactuación por parte de los máximos responsables del área económica que, por momentos, recuerda a la que imperaba en la Argentina de Menem— como las políticas implementadas desde Brasilia, permiten concluir que lo ocurrido a partir de la asunción del nuevo gobierno no fue sino una insensata profundización del rumbo neoliberal.

¿Podrá Lula torcer esta dirección y satisfacer el mandato popular? No es imposible, pero por ahora parece poco probable. Hay una corriente de opinión en el Brasil que asegura que no hay retorno del extravío en que ha caído el gobierno del PT. Sin embargo, en una presentación que hiciera ante el Consejo Internacional del Foro Social Mundial, en Porto Alegre, en enero del 2005, Lula dijo que era prematuro juzgar su gestión de gobierno al promediar su mandato, y dio a entender que no debería descartarse la posibilidad de una futura reorientación de su política económica. La duda, en tal caso, es si ya no será demasiado tarde, si las “fuerzas del mercado” no habrán ya consolidado una correlación de fuerzas tan desfavorable para Brasilia que las buenas intenciones del presidente estén condenadas a no trascender el plano de lo enunciativo. Porque el tiempo corre en su contra, y a favor de los mercados. Además, ya no se trata, como en 1989, de poner este país a salvo de la peste neoliberal que lo amenazaba bajo la sonrisa seductora de Collor de Melo; o de rescatarlo de sus primeros estragos, como en 1998. Ahora la misión es mucho más compleja porque la famosa “destrucción creadora” del capitalismo —tan exaltada por Schumpeter— ya ocurrió, y es preciso abocarse a una ciclópea tarea de reconstrucción económica y social. Y esta no podrá siquiera imaginarse sin audaces políticas de reforma económica y social que introduzcan los cambios esperados y, al mismo tiempo, en una dialéctica inseparable, fortalezcan las bases sociales y la movilización política de vastos sectores de las clases subalternas, sin las cuales las políticas ensayadas desde Brasilia sucumbirán inexorablemente ante los imperativos del mercado. Por lo que vemos hasta ahora, ni las ideas que prevalecen en el Planalto ni, mucho menos, los hombres encargados de llevarlas a la práctica parecen excesivamente entusiasmados por lanzar un experimento de ese tipo.

Retos semejantes se le plantean al presidente Hugo Chávez en Venezuela, debiendo transitar por el estrecho desfiladero delimitado, por un lado, por una profunda revolución en las conciencias y en el imaginario popular —tema que ha sido subestimado en los análisis tradicionales de una izquierda dogmática que todavía no ven en el presidente venezolano sino a otro militar más— y, por el otro, por esa verdadera espada de Damocles que significa la riqueza petrolera de Venezuela y, simultáneamente, su condición de abastecedor estratégico de los Estados Unidos. Luego de una serie de inevitables vacilaciones iniciales la Revolución Bolivariana ha venido dando muestras de haber encontrado un rumbo de salida del neoliberalismo, rumbo que, digámoslo al pasar, está erizado de acechanzas y amenazas de todo tipo como lo demuestra la crónica de estos últimos años. En efecto, los Estados Unidos no pueden permitir que el “mal ejemplo” venezolano cunda en la región. Atacar sistemáticamente el analfabetismo, asegurar por primera vez el acceso a la salud de toda la población, favorecer una solución política y no militar del conflicto interno colombiano (oponiéndose a las pretensiones de la Casa Blanca de resolver el mismo *manu militan*, auspiciar nuevas formas de cooperación económica como las entabladas con Cuba y otros

países de la región, oponerse al ALCA y proponer el ALBA, combatir ideológicamente al neoliberalismo, contrarrestar la influencia ideológica de los medios de comunicación controlados por el imperialismo, potenciar la capacidad de auto organización de los sectores populares y someter la investidura presidencial y sus políticas a frecuentes plebiscitos para que sea el pueblo quien decida es completamente inaceptable para los Estados Unidos, un pésimo ejemplo que es necesario erradicar cuanto antes por cualquier medio, legal o ilegal, pacífico o violento. Todo esto no es “democrático” y, por lo tanto, debe ser eliminado. “Democrático” era Aznar, no Chávez, que decidió ir a la guerra en Irak a pesar de que más del noventa por ciento de la población estaba en contra de esa medida. Para resumir: la complacencia del *stablishment* local e internacional demuestra que Lula está en el mal camino; la animosidad de esos mismos grupos con el Presidente Chávez indica que está transitando por el camino correcto. El aplauso en Davos es síntoma inequívoco de un extravío; la ovación en Porto Alegre, señal de una victoria.

En todo caso, al pensar en las alternativas de salida al neoliberalismo conviene recordar aquí, una vez más, el caso cubano. Si pese a los formidables obstáculos que se le han presentado durante casi medio siglo —¿podemos imaginarnos el deterioro que habría sufrido la vida social en países como Argentina, Brasil y México, para no hablar sino de las economías más robustas de la región, si hubieran tenido que soportar un bloqueo como el que se le impuso a Cuba desde los inicios de la revolución?— si pese a todo ello Cuba pudo avanzar significativamente en la construcción de una sociedad que garantiza un acceso universal a un amplio conjunto de bienes y servicios, ¿qué no podrían haber hecho aquellos países, dotados de muchos más recursos de todo tipo y alejados a la enfermiza obsesión norteamericana con la isla caribeña? Si pese a la beligerancia permanente de los Estados Unidos Cuba logró garantizar para su población estándares de salud, alimentación, educación y derechos generales (de la mujer, de los niños, los discapacitados, etcétera) que, como el mismo Noam Chomsky lo asegura, ni siquiera se obtienen en algunos países del capitalismo desarrollado, ¿cuáles serían los insalvables obstáculos que impiden, en países que disfrutaban de circunstancias muchísimo más favorables, acceder a logros semejantes? ¿Está América Latina condenada a ser, por toda la eternidad, el continente más injusto que existe sobre la faz de la tierra.

La respuesta no se halla en fatalismos económicos de ningún tipo, un conveniente pretexto las más de las veces, sino que nos remite a la política y, más precisamente, a la debilidad de la voluntad política. La formidable vitalidad de la voluntad política de la Revolución Cubana, del pueblo y gobierno de Cuba, contrasta con la enfermiza fragilidad que exhiben, en este punto, la abrumadora mayoría de los gobiernos de la región, carentes de osadía y genuflexos ante las presiones del imperialismo. Sin una decidida voluntad de cambiar el mundo este seguirá siendo lo mismo. Pero quien pretenda acometer esta tarea deberá saber dos cosas: primero, que al hacerlo se enfrentará con la tenaz y absoluta oposición de las clases y grupos sociales dominantes, que no dejarán recurso por utilizar, desde la seducción y persuasión hasta la violencia más atroz, para frustrar cualquier tentativa transformadora. De ahí nuestra grave preocupación por ciertas formulaciones de los zapatistas, como “la democracia de todos”, que trasuntan un alarmante romanticismo con respecto a la reacción de las clases y grupos desplazados del poder, a los explotadores, los monopolios, la prensa que manipula y embrutece a la población, los paramilitares, los torturadores, etcétera. ¿Serán

ellos también sujetos de esta gran construcción colectiva de la democracia post capitalista? (Borón, 2001) Segundo, que no hay tregua posible en ese combate si el gobernante que presuntamente intenta cambiar al mundo es halagado por la "prensa libre", los "garúes" de Wall Street y sus papagayos locales y, en general, la opinión "bienpensante" de nuestros países —que en realidad piensa poco y mal— es porque su accionar ha caído en la irrelevancia o, hipótesis perversa, porque se ha pasado al bando de sus enemigos. Las clases dominantes del imperio y sus aliados jamás se resignarán a perder sus prerrogativas, sus privilegios y su poder. Si no atacan a un gobierno con tintes progresistas no es porque se hayan convencido de la superioridad ética, económica y política del socialismo sino porque se han dado cuenta de que se eventual oponente ha depuesto las armas y ya no les hace daño. Como decía José Martí, ha sonado "la hora de los hornos y no habrá más que ver la luz".

## **Referencias Bibliográficas**

Borón, Atilio A. 2000 ***Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*** (Buenos Aires: Fonde Cultura Económica)

Borón, Atilio A. 2001. "El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo", en: Emilio Taddei y José Soane, compiladores; ***Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre*** (Buenos Aires: CLACSO)

Borón, Atilio A. 2002. ***Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri***. (Buenos Aires: CLACSO [quinta edición: 2004])

Borón, Atilio A. 2003a. ***Estado, capitalismo y democracia en América Latina***. (Buenos Aires: CLACSO [cuarta edición])

Borón, Atilio A. 2003b. "Brasil 2003: ¿los inicios de un nuevo ciclo histórico?" en: ***Revista del OSAL*** (Buenos Aires: CLACSO), Año III, Nº 9 (Buenos Aires: CLACSO), enero/abril

Borón, Atilio A. 2004a. "La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos" en ***Revista del OSAL*** (Buenos Aires: CLACSO), Año III, Nº 13 (Buenos Aires: CLACSO) enero/abril

Borón, Atilio A. 2004b. "Actualidad del ¿Qué Hacer? Estudio Introductorio", en V:I: Lenin, 2004

Chomsky, Noam, 2005. "Las elecciones del 2004 y la opinión pública norteamericana", en: ***Revista del OSAL*** (Buenos Aires: CLACSO), Año V, Nº 15, septiembre/diciembre

Chonchol, Jacques 2004. "La reforma agraria en América Latina". ***Revista América Latina*** (Santiago, Chile) 2º semestre 2003/1er. Semestre 2004, pp. 219-238

Cuba, Agustín 1976. ***El desarrollo del capitalismo en América Latina*** (México: Siglo XXI Editores)

Hardt, Michael y Antonio Negri 2000. ***Imperio*** (Buenos Aires: Paidós)

Gentili, Pablo y Emir Sader, compiladores, 2003. ***La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*** (Buenos Aires: CLACSO)

Giarraca, Norma y Bettina Levy, compiladoras, 2004. ***Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales***. (Buenos Aires: CLACSO)

Lenin, V.I 2004. ***¿Qué Hacer?*** (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg) Estudio introductorio de Atilio A. Borón

Halloway, John, 2002. ***Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*** (Buenos Aires: Herramienta)

Houtart, Francois y Francois Polet, 1999. ***L'autre Davos. Mondialisation des résistances et des luttes***



Jacoby, Russell, 1999. ***The end of utopia. Politics and culture in an age of apathy*** (New York: Basic Books)

Meiksins Wood, Ellen 1995. ***Democracy against Capitalism*** (Cambridge: Cambridge University Press) Hay traducción a lengua castellana

Panitch, Leo y Sam Gindin 2004. "Capitalismo global e imperio norteamericano" en ***Socialist Register 2004***, Edición en Español (Buenos Aires: CLACSO)

Patomaki, Heikki 2002. ***Democratising globalisation. The leverage of the Tobin Tax***. (Londres: Zed Books)

Pinto, Aníbal 1957. ***Chile. Un caso de desarrollo frustrado***. (Santiago: Editorial Universitaria)

Toussaint, Eric 2004. ***La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos***. (CLACSO, Buenos Aires)

Weber, Max 1982. ***Escritos políticos***. (México: Folios)

## ***Notas***

<sup>1</sup> Para ahondar en esta temática nos permitimos sugerir la lectura de un notable texto del politólogo finlandés Keikki Patomaki, quien examina detalladamente las posibilidades abiertas por la aplicación de la tasa Tobin a las transacciones financieras.

<sup>2</sup> Esta sección retoma alguna de las ideas centrales que hemos desarrollado en “La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos”. Cf. Borón, 2004a

<sup>3</sup> Hemos examinado *in extenso* el tema del reformismo en Borón 2003a

<sup>4</sup> Una discusión a fonde sobre el problema de la organización en la actual coyuntura se encuentra en nuestro estudio introductorio a la nueva edición del *¿Qué Hacer?* De V.I. Lenin